

CUARTA EPOCA. PRENSA. ASOCIADA DE LA HABANA

Ha llegado de la Habana el vapor americano City of Baltimore...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

Voluntarios de la Isla. HABANA

El 26 de agosto cubre el servicio de esta plaza el tercer Batallón de Voluntarios...

## LA VOZ DE CUBA.

HABANA AGOSTO 25 DE 1873.

Quienes son los verdaderos enemigos de la República?

La República Española del sábado contiene la siguiente estúpida y escandalosa gaceta:

"BAROQUISMO.—No se necesita leer periódicos para saber lo que ocurre entre los caracoles. Con ponerlos de pie frente a la plaza de San Felipe y San Cristóbal, y no parar los embudos de las personas que frecuentan tales refectorios, es lo bastante. Una buena noticia produce alegría estrepitosa, indignaciones de jamaica, pasmos de chocolate y otros excesos desordenados, cuando los caracoles, los hace bajar la cabeza con hipocresía y orar al Dios, o BB. OBESO que ellos adoran.

Esto es infame, y ya no extrañamos que quien desciendo al asqueroso y satánico nivel de hablar así de la Divinidad, reciba cartas tan carnosas, y algo más que cartas, de Suñer y Capdevila.

Reos, esos son los verdaderos enemigos de la República en España. Reos, esos son, junto con los que profanan los templos en Barcelona y en las demás ciudades donde han ejercido o ejercen todavía su funesto predominio los intrusos; esos son los que, mucho más que los carlistas, hacen difícil el planteamiento de las instituciones republicanas en España.

El pueblo español, que no ha renegado de su historia, y si siquiera la ha olvidado, en su inmensa mayoría conserva las creencias de sus padres; esas creencias a las cuales debe TODAS las páginas verdaderamente gloriosas que en aquella historia se registran. Y la convicción, que esos desastados intrusos procuran de todos modos infundir, de que no le ha de ser posible conservar esas creencias con la República federal, es lo que más en peligro pone la existencia de la República en España.

Si los republicanos españoles hubiesen tenido juicio; si hubiesen demostrado que la República que ellos querían establecer era como la de los Estados Unidos, en la cual la tolerancia es una verdad, nadie hubiera sido tan repugnante como en los Estados Unidos, y como que no hay entre los católicos de España quienes se atrean que bajo los gobiernos monárquicos más de mentado la pretendida protección al catolicismo no ha sido más que una persecución cruel y solapada, y que en los Estados Unidos no se ha visto jamás.

Los repelimos: si las doctrinas de tolerancia predicadas constantemente por Castelar, hubiesen sido una verdad, la República tendría hoy en España muchos más sostenedores y muchos menos enemigos. Pero el fanatismo volteriano de los intranseguros, ha venido a demostrar que, ó todos aquellos principios no eran mas que una indigna farsa, ó Castelar y los que piensan como él no son mas que una impotente minoría en la comunidad federal, y que la mayoría de los hombres que componen esta comunidad son blasfemos como Suñer y La República Española, y perseguidores fanáticos como los intranseguros de Barcelona y Cádiz.

Estos son los que hacen enemigos de la República a los que de otro modo no lo serían; y si más inmensos que los asesinos de incendios de Alcoy, de Valencia y de Cartagena.

La vista penetrante de Castelar, cuando recién hecha la República era ministra de Estado, le hizo en el porvenir al dirigir a los primeros intranseguros que se levantaron en Málaga aquel memorable telegrama que decía: "Nuestra prudencia ha hecho la República: la impetuosidad de nuestros amigos de Málaga la perderá."

España es lo que es, y no puede ni debe prescindirse de ello, si quiere fundarse un orden de cosas estable. Y el modo de ser, y de pensar, y de sentir de España, y sus arraigadas creencias, es el resultado de una historia que no se puede deshacer; es la obra de diez y ocho siglos que no se pueden borrar del curso de los tiempos; es el árbol poderosamente arraigado que, cortado por los infantes en la jornada de Gavadonga, retoño lozano y vigoroso en Covadonga, y durante ochocientos años fué extendiendo sus potentes ramas hasta cubrir toda la Península, y ya está sólida y secular estructura, y este árbol vigoroso es el que cubren todos los ramos de España, habiendo desaparecido instantáneamente el apoyo de los carlistas blasfemos y de Suñer y Capdevila, ó al estúpido clamoreo de las saturnales de Cádiz y Barcelona!

Y no se nos venga con las necias declamaciones de costumbre sobre los caracoles, y otras necias perlas que el estúpido, á quien se leen los escritores federales de escuadra abajo, Hoy no sólo aquellos españoles que han conservado en su integridad y pureza las creencias de sus padres, sino también aquellos que han caído en el particular en cierta indiferencia, todos conocen, todos ven claro en los sucesos de la historia contemporánea, el poderoso enlace de los principios: todos tienen á la vista los eslabones de esa cadena misteriosa que con la lógica lo circunda todo. Hoy no hay quien ignore que la conservación del orden social es imposible, que es imposible la conservación de la familia, de la propiedad, de la verdadera libertad y de la justicia, si todo esto no se apoya en el principio de autoridad bien entendido; y nadie ignora tampoco que este principio es de todo punto insostenible si no se apoya sobre la moralidad, la cual á su vez es imposible mantenerse si se destruye en el alma humana el sentimiento de sus primeros deberes, el respeto á la Divinidad.

Si la institución republicana en vez de ser, como en los Estados Unidos, la verdadera tolerancia, tuviera que ser en España el predominio de la escrupulosa propiedad de Suñer y La República Española, ó la cruel y perseguidora intolerancia de los intranseguros de Cádiz, Cartagena y Barcelona, la inmensa mayoría de los españoles preferiría antes someterse al gobierno más absoluto que pueda imaginarse. Como decía pocos años ha en nuestras Órdenes un elocuente orador, entre la tiranía del sable y la del puñal, es mil veces preferible la tiranía del sable.

Bien conocida está La Legatidad, cuando conbatiendo algunos meses hace á una interpelación de La República Española, le dijo que no pensaba hacer, ni le pa-

recia acertada, la política de mata-fratres y espanta-monjas. No pienso así sus ineptos colegas federales.

Los verdaderos enemigos de la República en España, no son los que la atacan á nombre del principio monárquico; sino los que, como los profanadores de los templos en Barcelona, en Cádiz, en Cartagena y otros puntos, y los que con sus imbeciles blasfemias, como Suñer y Capdevila y La República Española, contribuyen á generalizar la idea de que es imposible con la República la conservación de las antiguas creencias, que son todavía las de la inmensa mayoría del pueblo español. El día en que esta idea llegue en España á apoderarse de todos los espíritus, la República será una imposibilidad absoluta.

Se comprende ahora quienes son los verdaderos enemigos de la República?

### EL CASINO ESPAÑOL.

La junta general de socios celebrada ayer en los salones del Casino Español de la Habana, ha sido un acto de importancia inmensa.

Los detractores de la agrupación conservadora de Cuba, los que han dirigido y dirigen sistemáticamente sus esfuerzos á presentarla como divorciada del respeto y acatamiento que se debe al Supremo Gobierno de la Nación y á la Autoridad que aquí la representa; los que han querido tachar al Casino Español de centro de oposición reaccionaria; esos, han quedado de la manera más solemne desmentidos con el acto realizado ayer.

Hace pocos días un periódico de esta capital se permitió dirigir algunas palabras á los socios del Casino Español de la Habana, en las que se expresaban, de una manera más enérgica que en el Casino se hacía política, y, lo que era más, política de partido, política reaccionaria.

Dien seas Dios que si en las columnas de La Voz de Cuba no constamos de la manera más enérgica á esos agresivos, fué porque causas superiores á nuestra fuerza, que no nuestra firma, y decidida voluntad, nos lo impidieron.

Pero nosotros, en el artículo que, á causa de lo que tuvo á bien acordar la Censura de imprenta, no pudimos publicar, demostrábamos que el Casino Español de la Habana, hasta ahora al menos, no había hecho política alguna; á no ser que por política se entienda guardar una incondicional y patriótica sumisión á todo gobierno constituido.

Decíamos también que el Casino debía salir de la inacción en que se hallaba; que debía tomar una marcha resuelta y vigorosa, con la cual cobrara vida y se la diera á los intereses que representa.

Estos votos que hacíamos se van viendo cumplidos: el Casino Español de la Habana ha dado ayer el primer paso de la patriótica marcha que indicábamos, y que, á comenzada, debe seguir decididamente, aun en contra de la opinión de aquellos, pocos afortunadamente, que, éase por timidez ó por un sentimiento de excesiva y exagerada prudencia, quisieran que nos pudiéramos en la inacción, dejando decar nuestras fuerzas, atadas las manos y sin abrir los ojos á la luz.

Tratábase ayer en el Casino de la elección de nuevo Presidente, por no haber aceptado dicho cargo el digno patriota que anteriormente había sido electo para el año de 1872, y al que se le atribuye, como a los asesinos de incendios de Alcoy, de Valencia y de Cartagena.

La vista penetrante de Castelar, cuando recién hecha la República era ministra de Estado, le hizo en el porvenir al dirigir a los primeros intranseguros que se levantaron en Málaga aquel memorable telegrama que decía: "Nuestra prudencia ha hecho la República: la impetuosidad de nuestros amigos de Málaga la perderá."

España es lo que es, y no puede ni debe prescindirse de ello, si quiere fundarse un orden de cosas estable. Y el modo de ser, y de pensar, y de sentir de España, y sus arraigadas creencias, es el resultado de una historia que no se puede deshacer; es la obra de diez y ocho siglos que no se pueden borrar del curso de los tiempos; es el árbol poderosamente arraigado que, cortado por los infantes en la jornada de Gavadonga, retoño lozano y vigoroso en Covadonga, y durante ochocientos años fué extendiendo sus potentes ramas hasta cubrir toda la Península, y ya está sólida y secular estructura, y este árbol vigoroso es el que cubren todos los ramos de España, habiendo desaparecido instantáneamente el apoyo de los carlistas blasfemos y de Suñer y Capdevila, ó al estúpido clamoreo de las saturnales de Cádiz y Barcelona!

Y no se nos venga con las necias declamaciones de costumbre sobre los caracoles, y otras necias perlas que el estúpido, á quien se leen los escritores federales de escuadra abajo, Hoy no sólo aquellos españoles que han conservado en su integridad y pureza las creencias de sus padres, sino también aquellos que han caído en el particular en cierta indiferencia, todos conocen, todos ven claro en los sucesos de la historia contemporánea, el poderoso enlace de los principios: todos tienen á la vista los eslabones de esa cadena misteriosa que con la lógica lo circunda todo. Hoy no hay quien ignore que la conservación del orden social es imposible, que es imposible la conservación de la familia, de la propiedad, de la verdadera libertad y de la justicia, si todo esto no se apoya en el principio de autoridad bien entendido; y nadie ignora tampoco que este principio es de todo punto insostenible si no se apoya sobre la moralidad, la cual á su vez es imposible mantenerse si se destruye en el alma humana el sentimiento de sus primeros deberes, el respeto á la Divinidad.

Si la institución republicana en vez de ser, como en los Estados Unidos, la verdadera tolerancia, tuviera que ser en España el predominio de la escrupulosa propiedad de Suñer y La República Española, ó la cruel y perseguidora intolerancia de los intranseguros de Cádiz, Cartagena y Barcelona, la inmensa mayoría de los españoles preferiría antes someterse al gobierno más absoluto que pueda imaginarse. Como decía pocos años ha en nuestras Órdenes un elocuente orador, entre la tiranía del sable y la del puñal, es mil veces preferible la tiranía del sable.

Bien conocida está La Legatidad, cuando conbatiendo algunos meses hace á una interpelación de La República Española, le dijo que no pensaba hacer, ni le pa-

recia acertada, la política de mata-fratres y espanta-monjas. No pienso así sus ineptos colegas federales.

Los verdaderos enemigos de la República en España, no son los que la atacan á nombre del principio monárquico; sino los que, como los profanadores de los templos en Barcelona, en Cádiz, en Cartagena y otros puntos, y los que con sus imbeciles blasfemias, como Suñer y Capdevila y La República Española, contribuyen á generalizar la idea de que es imposible con la República la conservación de las antiguas creencias, que son todavía las de la inmensa mayoría del pueblo español. El día en que esta idea llegue en España á apoderarse de todos los espíritus, la República será una imposibilidad absoluta.

Se comprende ahora quienes son los verdaderos enemigos de la República?

Reos, esos son los verdaderos enemigos de la República en España. Reos, esos son, junto con los que profanan los templos en Barcelona y en las demás ciudades donde han ejercido o ejercen todavía su funesto predominio los intrusos; esos son los que, mucho más que los carlistas, hacen difícil el planteamiento de las instituciones republicanas en España.

Si los republicanos españoles hubiesen tenido juicio; si hubiesen demostrado que la República que ellos querían establecer era como la de los Estados Unidos, en la cual la tolerancia es una verdad, nadie hubiera sido tan repugnante como en los Estados Unidos, y como que no hay entre los católicos de España quienes se atrean que bajo los gobiernos monárquicos más de mentado la pretendida protección al catolicismo no ha sido más que una persecución cruel y solapada, y que en los Estados Unidos no se ha visto jamás.

Los repelimos: si las doctrinas de tolerancia predicadas constantemente por Castelar, hubiesen sido una verdad, la República tendría hoy en España muchos más sostenedores y muchos menos enemigos. Pero el fanatismo volteriano de los intranseguros, ha venido a demostrar que, ó todos aquellos principios no eran mas que una indigna farsa, ó Castelar y los que piensan como él no son mas que una impotente minoría en la comunidad federal, y que la mayoría de los hombres que componen esta comunidad son blasfemos como Suñer y La República Española, y perseguidores fanáticos como los intranseguros de Barcelona y Cádiz.

Estos son los que hacen enemigos de la República a los que de otro modo no lo serían; y si más inmensos que los asesinos de incendios de Alcoy, de Valencia y de Cartagena.

La vista penetrante de Castelar, cuando recién hecha la República era ministra de Estado, le hizo en el porvenir al dirigir a los primeros intranseguros que se levantaron en Málaga aquel memorable telegrama que decía: "Nuestra prudencia ha hecho la República: la impetuosidad de nuestros amigos de Málaga la perderá."

España es lo que es, y no puede ni debe prescindirse de ello, si quiere fundarse un orden de cosas estable. Y el modo de ser, y de pensar, y de sentir de España, y sus arraigadas creencias, es el resultado de una historia que no se puede deshacer; es la obra de diez y ocho siglos que no se pueden borrar del curso de los tiempos; es el árbol poderosamente arraigado que, cortado por los infantes en la jornada de Gavadonga, retoño lozano y vigoroso en Covadonga, y durante ochocientos años fué extendiendo sus potentes ramas hasta cubrir toda la Península, y ya está sólida y secular estructura, y este árbol vigoroso es el que cubren todos los ramos de España, habiendo desaparecido instantáneamente el apoyo de los carlistas blasfemos y de Suñer y Capdevila, ó al estúpido clamoreo de las saturnales de Cádiz y Barcelona!

Y no se nos venga con las necias declamaciones de costumbre sobre los caracoles, y otras necias perlas que el estúpido, á quien se leen los escritores federales de escuadra abajo, Hoy no sólo aquellos españoles que han conservado en su integridad y pureza las creencias de sus padres, sino también aquellos que han caído en el particular en cierta indiferencia, todos conocen, todos ven claro en los sucesos de la historia contemporánea, el poderoso enlace de los principios: todos tienen á la vista los eslabones de esa cadena misteriosa que con la lógica lo circunda todo. Hoy no hay quien ignore que la conservación del orden social es imposible, que es imposible la conservación de la familia, de la propiedad, de la verdadera libertad y de la justicia, si todo esto no se apoya en el principio de autoridad bien entendido; y nadie ignora tampoco que este principio es de todo punto insostenible si no se apoya sobre la moralidad, la cual á su vez es imposible mantenerse si se destruye en el alma humana el sentimiento de sus primeros deberes, el respeto á la Divinidad.

Si la institución republicana en vez de ser, como en los Estados Unidos, la verdadera tolerancia, tuviera que ser en España el predominio de la escrupulosa propiedad de Suñer y La República Española, ó la cruel y perseguidora intolerancia de los intranseguros de Cádiz, Cartagena y Barcelona, la inmensa mayoría de los españoles preferiría antes someterse al gobierno más absoluto que pueda imaginarse. Como decía pocos años ha en nuestras Órdenes un elocuente orador, entre la tiranía del sable y la del puñal, es mil veces preferible la tiranía del sable.

Bien conocida está La Legatidad, cuando conbatiendo algunos meses hace á una interpelación de La República Española, le dijo que no pensaba hacer, ni le pa-

recia acertada, la política de mata-fratres y espanta-monjas. No pienso así sus ineptos colegas federales.

Los verdaderos enemigos de la República en España, no son los que la atacan á nombre del principio monárquico; sino los que, como los profanadores de los templos en Barcelona, en Cádiz, en Cartagena y otros puntos, y los que con sus imbeciles blasfemias, como Suñer y Capdevila y La República Española, contribuyen á generalizar la idea de que es imposible con la República la conservación de las antiguas creencias, que son todavía las de la inmensa mayoría del pueblo español. El día en que esta idea llegue en España á apoderarse de todos los espíritus, la República será una imposibilidad absoluta.

Se comprende ahora quienes son los verdaderos enemigos de la República?

Reos, esos son los verdaderos enemigos de la República en España. Reos, esos son, junto con los que profanan los templos en Barcelona y en las demás ciudades donde han ejercido o ejercen todavía su funesto predominio los intrusos; esos son los que, mucho más que los carlistas, hacen difícil el planteamiento de las instituciones republicanas en España.

El pueblo español, que no ha renegado de su historia, y si siquiera la ha olvidado, en su inmensa mayoría conserva las creencias de sus padres; esas creencias a las cuales debe TODAS las páginas verdaderamente gloriosas que en aquella historia se registran. Y la convicción, que esos desastados intrusos procuran de todos modos infundir, de que no le ha de ser posible conservar esas creencias con la República federal, es lo que más en peligro pone la existencia de la República en España.

Si los republicanos españoles hubiesen tenido juicio; si hubiesen demostrado que la República que ellos querían establecer era como la de los Estados Unidos, en la cual la tolerancia es una verdad, nadie hubiera sido tan repugnante como en los Estados Unidos, y como que no hay entre los católicos de España quienes se atrean que bajo los gobiernos monárquicos más de mentado la pretendida protección al catolicismo no ha sido más que una persecución cruel y solapada, y que en los Estados Unidos no se ha visto jamás.

Los repelimos: si las doctrinas de tolerancia predicadas constantemente por Castelar, hubiesen sido una verdad, la República tendría hoy en España muchos más sostenedores y muchos menos enemigos. Pero el fanatismo volteriano de los intranseguros, ha venido a demostrar que, ó todos aquellos principios no eran mas que una indigna farsa, ó Castelar y los que piensan como él no son mas que una impotente minoría en la comunidad federal, y que la mayoría de los hombres que componen esta comunidad son blasfemos como Suñer y La República Española, y perseguidores fanáticos como los intranseguros de Barcelona y Cádiz.

Reos, esos son los verdaderos enemigos de la República en España. Reos, esos son, junto con los que profanan los templos en Barcelona y en las demás ciudades donde han ejercido o ejercen todavía su funesto predominio los intrusos; esos son los que, mucho más que los carlistas, hacen difícil el planteamiento de las instituciones republicanas en España.

El pueblo español, que no ha renegado de su historia, y si siquiera la ha olvidado, en su inmensa mayoría conserva las creencias de sus padres; esas creencias a las cuales debe TODAS las páginas verdaderamente gloriosas que en aquella historia se registran. Y la convicción, que esos desastados intrusos procuran de todos modos infundir, de que no le ha de ser posible conservar esas creencias con la República federal, es lo que más en peligro pone la existencia de la República en España.

Si los republicanos españoles hubiesen tenido juicio; si hubiesen demostrado que la República que ellos querían establecer era como la de los Estados Unidos, en la cual la tolerancia es una verdad, nadie hubiera sido tan repugnante como en los Estados Unidos, y como que no hay entre los católicos de España quienes se atrean que bajo los gobiernos monárquicos más de mentado la pretendida protección al catolicismo no ha sido más que una persecución cruel y solapada, y que en los Estados Unidos no se ha visto jamás.

Los repelimos: si las doctrinas de tolerancia predicadas constantemente por Castelar, hubiesen sido una verdad, la República tendría hoy en España muchos más sostenedores y muchos menos enemigos. Pero el fanatismo volteriano de los intranseguros, ha venido a demostrar que, ó todos aquellos principios no eran mas que una indigna farsa, ó Castelar y los que piensan como él no son mas que una impotente minoría en la comunidad federal, y que la mayoría de los hombres que componen esta comunidad son blasfemos como Suñer y La República Española, y perseguidores fanáticos como los intranseguros de Barcelona y Cádiz.

Estos son los que hacen enemigos de la República a los que de otro modo no lo serían; y si más inmensos que los asesinos de incendios de Alcoy, de Valencia y de Cartagena.

La vista penetrante de Castelar, cuando recién hecha la República era ministra de Estado, le hizo en el porvenir al dirigir a los primeros intranseguros que se levantaron en Málaga aquel memorable telegrama que decía: "Nuestra prudencia ha hecho la República: la impetuosidad de nuestros amigos de Málaga la perderá."

España es lo que es, y no puede ni debe prescindirse de ello, si quiere fundarse un orden de cosas estable. Y el modo de ser, y de pensar, y de sentir de España, y sus arraigadas creencias, es el resultado de una historia que no se puede deshacer; es la obra de diez y ocho siglos que no se pueden borrar del curso de los tiempos; es el árbol poderosamente arraigado que, cortado por los infantes en la jornada de Gavadonga, retoño lozano y vigoroso en Covadonga, y durante ochocientos años fué extendiendo sus potentes ramas hasta cubrir toda la Península, y ya está sólida y secular estructura, y este árbol vigoroso es el que cubren todos los ramos de España, habiendo desaparecido instantáneamente el apoyo de los carlistas blasfemos y de Suñer y Capdevila, ó al estúpido clamoreo de las saturnales de Cádiz y Barcelona!

Y no se nos venga con las necias declamaciones de costumbre sobre los caracoles, y otras necias perlas que el estúpido, á quien se leen los escritores federales de escuadra abajo, Hoy no sólo aquellos españoles que han conservado en su integridad y pureza las creencias de sus padres, sino también aquellos que han caído en el particular en cierta indiferencia, todos conocen, todos ven claro en los sucesos de la historia contemporánea, el poderoso enlace de los principios: todos tienen á la vista los eslabones de esa cadena misteriosa que con la lógica lo circunda todo. Hoy no hay quien ignore que la conservación del orden social es imposible, que es imposible la conservación de la familia, de la propiedad, de la verdadera libertad y de la justicia, si todo esto no se apoya en el principio de autoridad bien entendido; y nadie ignora tampoco que este principio es de todo punto insostenible si no se apoya sobre la moralidad, la cual á su vez es imposible mantenerse si se destruye en el alma humana el sentimiento de sus primeros deberes, el respeto á la Divinidad.

Si la institución republicana en vez de ser, como en los Estados Unidos, la verdadera tolerancia, tuviera que ser en España el predominio de la escrupulosa propiedad de Suñer y La República Española, ó la cruel y perseguidora intolerancia de los intranseguros de Cádiz, Cartagena y Barcelona, la inmensa mayoría de los españoles preferiría antes someterse al gobierno más absoluto que pueda imaginarse. Como decía pocos años ha en nuestras Órdenes un elocuente orador, entre la tiranía del sable y la del puñal, es mil veces preferible la tiranía del sable.

Bien conocida está La Legatidad, cuando conbatiendo algunos meses hace á una interpelación de La República Española, le dijo que no pensaba hacer, ni le pa-

recia acertada, la política de mata-fratres y espanta-monjas. No pienso así sus ineptos colegas federales.

Los verdaderos enemigos de la República en España, no son los que la atacan á nombre del principio monárquico; sino los que, como los profanadores de los templos en Barcelona, en Cádiz, en Cartagena y otros puntos, y los que con sus imbeciles blasfemias, como Suñer y Capdevila y La República Española, contribuyen á generalizar la idea de que es imposible con la República la conservación de las antiguas creencias, que son todavía las de la inmensa mayoría del pueblo español. El día en que esta idea llegue en España á apoderarse de todos los espíritus, la República será una imposibilidad absoluta.

Se comprende ahora quienes son los verdaderos enemigos de la República?

Reos, esos son los verdaderos enemigos de la República en España. Reos, esos son, junto con los que profanan los templos en Barcelona y en las demás ciudades donde han ejercido o ejercen todavía su funesto predominio los intrusos; esos son los que, mucho más que los carlistas, hacen difícil el planteamiento de las instituciones republicanas en España.

El pueblo español, que no ha renegado de su historia, y si siquiera la ha olvidado, en su inmensa mayoría conserva las creencias de sus padres; esas creencias a las cuales debe TODAS las páginas verdaderamente gloriosas que en aquella historia se registran. Y la convicción, que esos desastados intrusos procuran de todos modos infundir, de que no le ha de ser posible conservar esas creencias con la República federal, es lo que más en peligro pone la existencia de la República en España.

Si los republicanos españoles hubiesen tenido juicio; si hubiesen demostrado que la República que ellos querían establecer era como la de los Estados Unidos, en la cual la tolerancia es una verdad, nadie hubiera sido tan repugnante como en los Estados Unidos, y como que no hay entre los católicos de España quienes se atrean que bajo los gobiernos monárquicos más de mentado la pretendida protección al catolicismo no ha sido más que una persecución cruel y solapada, y que en los Estados Unidos no se ha visto jamás.

Los repelimos: si las doctrinas de tolerancia predicadas constantemente por Castelar, hubiesen sido una verdad, la República tendría hoy en España muchos más sostenedores y muchos menos enemigos. Pero el fanatismo volteriano de los intranseguros, ha venido a demostrar que, ó todos aquellos principios no eran mas que una indigna farsa, ó Castelar y los que piensan como él no son mas que una impotente minoría en la comunidad federal, y que la mayoría de los hombres que componen esta comunidad son blasfemos como Suñer y La República Española, y perseguidores fanáticos como los intranseguros de Barcelona y Cádiz.

Reos, esos son los verdaderos enemigos de la República en España. Reos, esos son, junto con los que profanan los templos en Barcelona y en las demás ciudades donde han ejercido o ejercen todavía su funesto predominio los intrusos; esos son los que, mucho más que los carlistas, hacen difícil el planteamiento de las instituciones republicanas en España.

El pueblo español, que no ha renegado de su historia, y si siquiera la ha olvidado, en su inmensa mayoría conserva las creencias de sus padres; esas creencias a las cuales debe TODAS las páginas verdaderamente gloriosas que en aquella historia se registran. Y la convicción, que esos desastados intrusos procuran de todos modos infundir, de que no le ha de ser posible conservar esas creencias con la República federal, es lo que más en peligro pone la existencia de la República en España.

Si los republicanos españoles hubiesen tenido juicio; si hubiesen demostrado que la República que ellos querían establecer era como la de los Estados Unidos, en la cual la tolerancia es una verdad, nadie hubiera sido tan repugnante como en los Estados Unidos, y como que no hay entre los católicos de España quienes se atrean que bajo los gobiernos monárquicos más de mentado la pretendida protección al catolicismo no ha sido más que una persecución cruel y solapada, y que en los Estados Unidos no se ha visto jamás.

Los repelimos: si las doctrinas de tolerancia predicadas constantemente por Castelar, hubiesen sido una verdad, la República tendría hoy en España muchos más sostenedores y muchos menos enemigos. Pero el fanatismo volteriano de los intranseguros, ha venido a demostrar que, ó todos aquellos principios no eran mas que una indigna farsa, ó Castelar y los que piensan como él no son mas que una impotente minoría en la comunidad federal, y que la mayoría de los hombres que componen esta comunidad son blasfemos como Suñer y La República Española, y perseguidores fanáticos como los intranseguros de Barcelona y Cádiz.

Estos son los que hacen enemigos de la República a los que de otro modo no lo serían; y si más inmensos que los asesinos de incendios de Alcoy, de Valencia y de Cartagena.

La vista penetrante de Castelar, cuando recién hecha la República era ministra de Estado, le hizo en el porvenir al dirigir a los primeros intranseguros que se levantaron en Málaga aquel memorable telegrama que decía: "Nuestra prudencia ha hecho la República: la impetuosidad de nuestros amigos de Málaga la perderá."

España es lo que es, y no puede ni debe prescindirse de ello, si quiere fundarse un orden de cosas estable. Y el modo de ser, y de pensar, y de sentir de España, y sus arraigadas creencias, es el resultado de una historia que no se puede deshacer; es la obra de diez y ocho siglos que no se pueden borrar del curso de los tiempos; es el árbol poderosamente arraigado que, cortado por los infantes en la jornada de Gavadonga, retoño lozano y vigoroso en Covadonga, y durante ochocientos años fué extendiendo sus potentes ramas hasta cubrir toda la Península, y ya está sólida y secular estructura, y este árbol vigoroso es el que cubren todos los ramos de España, habiendo desaparecido instantáneamente el apoyo de los carlistas blasfemos y de Suñer y Capdevila, ó al estúpido clamoreo de las saturnales de Cádiz y Barcelona!

Y no se nos venga con las necias declamaciones de costumbre sobre los caracoles, y otras necias perlas que el estúpido, á quien se leen los escritores federales de escuadra abajo, Hoy no sólo aquellos españoles que han conservado en su integridad y pureza las creencias de sus padres, sino también aquellos que han caído en el particular en cierta indiferencia, todos conocen, todos ven claro en los sucesos de la historia contemporánea, el poderoso enlace de los principios: todos tienen á la vista los eslabones de esa cadena misteriosa que con la lógica lo circunda todo. Hoy no hay quien ignore que la conservación del orden social es imposible, que es imposible la conservación de la familia, de la propiedad, de la verdadera libertad y de la justicia, si todo esto no se apoya en el principio de autoridad bien entendido; y nadie ignora tampoco que este principio es de todo punto insostenible si no se apoya sobre la moralidad, la cual á su vez es imposible mantenerse si se destruye en el alma humana el sentimiento de sus primeros deberes, el respeto á la Divinidad.

Si la institución republicana en vez de ser, como en los Estados Unidos, la verdadera tolerancia, tuviera que ser en España el predominio de la escrupulosa propiedad de Suñer y La República Española, ó la cruel y perseguidora intolerancia de los intranseguros de Cádiz, Cartagena y Barcelona, la inmensa mayoría de los españoles preferiría antes someterse al gobierno más absoluto que pueda imaginarse. Como decía pocos años ha en nuestras Órdenes un elocuente orador, entre la tiranía del sable y la del puñal, es mil veces preferible la tiranía del sable.

Bien conocida está La Legatidad, cuando conbatiendo algunos meses hace á una interpelación de La República Española, le dijo que no pensaba hacer, ni le pa-

recia acertada, la política de mata-fratres y espanta-monjas. No pienso así sus ineptos colegas federales.

Los verdaderos enemigos de la República en España, no son los que la atacan á nombre del principio monárquico; sino los que, como los profanadores de los templos en Barcelona, en Cádiz, en Cartagena y otros puntos, y los que con sus imbeciles blasfemias, como Suñer y Capdevila y La República Española, contribuyen á generalizar la idea de que es imposible con la República la conservación de las antiguas creencias, que son todavía las de la inmensa mayoría del pueblo español. El día en que esta idea llegue en España á apoderarse de todos los espíritus, la República será una imposibilidad absoluta.

Se comprende ahora quienes son los verdaderos enemigos de la República?

Reos, esos son los verdaderos enemigos de la República en España. Reos, esos son, junto con los que profanan los templos en Barcelona y en las demás ciudades donde han ejercido o ejercen todavía su funesto predominio los intrusos; esos son los que, mucho más que los carlistas, hacen difícil el planteamiento de las instituciones republicanas en España.

El pueblo español, que no ha renegado de su historia, y si siquiera la ha olvidado, en su inmensa mayoría conserva las creencias de sus padres; esas creencias a las cuales debe TODAS las páginas verdaderamente gloriosas que en aquella historia se registran. Y la convicción, que esos desastados intrusos procuran de todos modos infundir, de que no le ha de ser posible conservar esas creencias con la República federal, es lo que más en peligro pone la existencia de la República en España.

Si los republicanos españoles hubiesen tenido juicio; si hubiesen demostrado que la República que ellos querían establecer era como la de los Estados Unidos, en la cual la tolerancia es una verdad, nadie hubiera sido tan repugnante como en los Estados Unidos, y como que no hay entre los católicos de España quienes se atrean que bajo los gobiernos monárquicos más de mentado la pretendida protección al catolicismo no ha sido más que una persecución cruel y solapada, y que en los Estados Unidos no se ha visto jamás.

Los repelimos: si las doctrinas de tolerancia predicadas constantemente por Castelar, hubiesen sido una verdad, la República tendría hoy en España muchos más sostenedores y muchos menos enemigos. Pero el fanatismo volteriano de los intranseguros, ha venido a demostrar que, ó todos aquellos principios no eran mas que una indigna farsa, ó Castelar y los que piensan como él no son mas que una impotente minoría en la comunidad federal, y que la mayoría de los hombres que componen esta comunidad son blasfemos como Suñer y La República Española, y perseguidores fanáticos como los intranseguros de Barcelona y Cádiz.

Si la institución republicana en vez de ser, como en los Estados Unidos, la verdadera tolerancia, tuviera que ser en España el predominio de la escrupulosa propiedad de Suñer y La República Española, ó la cruel y perseguidora intolerancia de los intranseguros de Cádiz, Cartagena y Barcelona, la inmensa mayoría de los españoles preferiría antes someterse al gobierno más absoluto que pueda imaginarse. Como decía pocos años ha en nuestras Órdenes un elocuente orador, entre la tiranía del sable y la del puñal, es mil veces preferible la tiranía del sable.

Reos, esos son los verdaderos enemigos de la República en España. Reos, esos son, junto con los que profanan los templos en Barcelona y en las demás ciudades donde han ejercido o ejercen todavía su funesto predominio los intrusos; esos son los que, mucho más que los carlistas, hacen difícil el planteamiento de las instituciones republicanas en España.

El pueblo español, que no ha renegado de su historia, y si siquiera la ha olvidado, en su inmensa mayoría conserva las creencias de sus padres; esas creencias a las cuales debe TODAS las páginas verdaderamente gloriosas que en aquella historia se registran. Y la convicción, que esos desastados intrusos procuran de todos modos infundir, de que no le ha de ser posible conservar esas creencias con la República federal, es lo que más en peligro pone la existencia de la República en España.

Si los republicanos españoles hubiesen tenido juicio; si hubiesen demostrado que la República que ellos querían establecer era como la de los Estados Unidos, en la cual la tolerancia es una verdad, nadie hubiera sido tan repugnante como en los Estados Unidos, y como que no hay entre los católicos de España quienes se atrean que bajo los gobiernos monárquicos más de mentado la pretendida protección al catolicismo no ha sido más que una persecución cruel y solapada, y que en los Estados Unidos no se ha visto jamás.

Los repelimos: si las doctrinas de tolerancia predicadas constantemente por Castelar, hubiesen sido una verdad, la República tendría hoy en España muchos más sostenedores y muchos menos enemigos. Pero el fanatismo volteriano de los intranseguros, ha venido a demostrar que, ó todos aquellos principios no eran mas que una indigna farsa, ó Castelar y los que piensan como él no son mas que una impotente minoría en la comunidad federal, y que la mayoría de los hombres que componen esta comunidad son blasfemos como Suñer y La República Española, y perseguidores fanáticos como los intranseguros de Barcelona y Cádiz.

Estos son los que hacen enemigos de la República a los que de otro modo no lo serían; y si más inmensos que los asesinos de incendios de Alcoy, de Valencia y de Cartagena.



